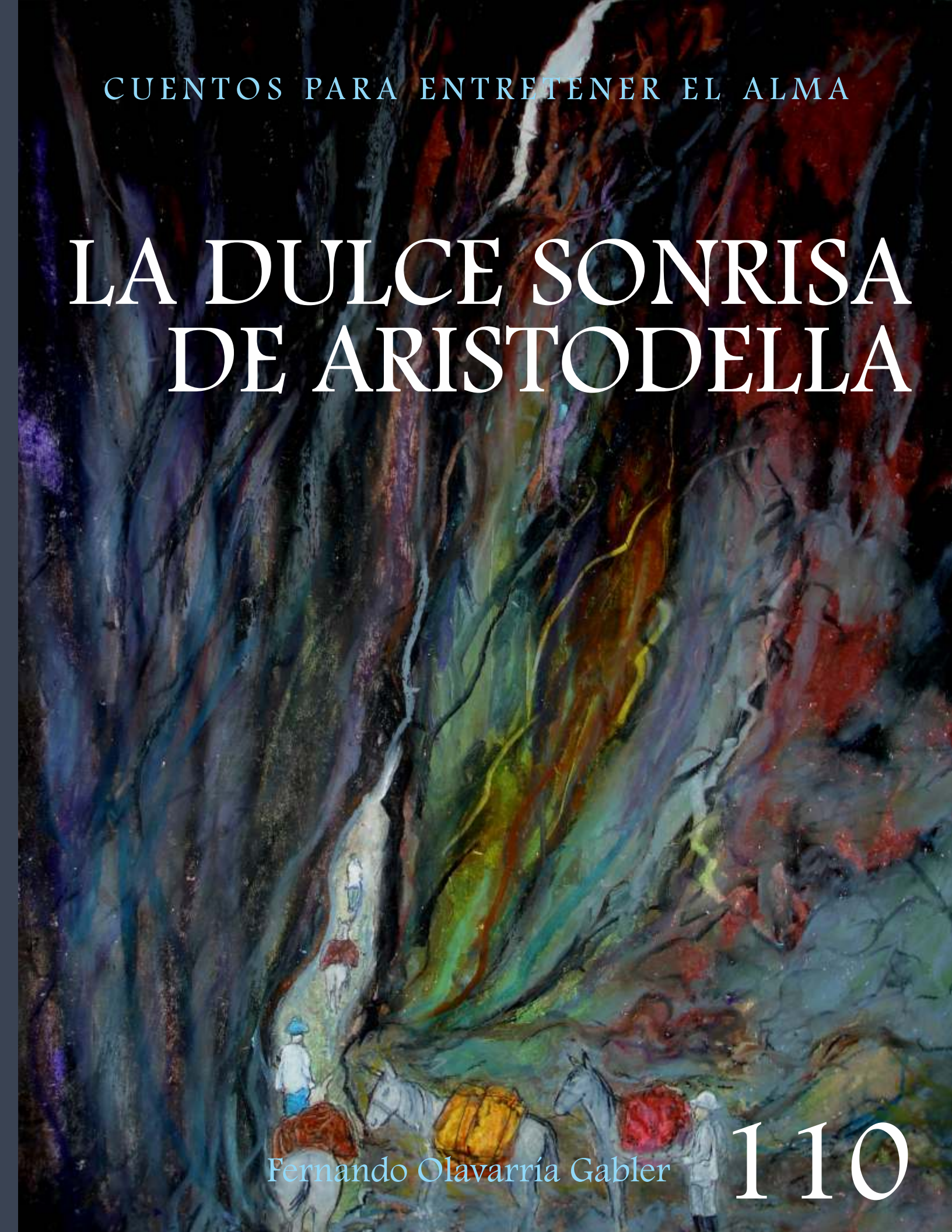


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

LA DULCE SONRISA DE ARISTODELLA

Fernando Olavarria Gabler

110





Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

LA DULCE SONRISA DE ARISTODELLA

Fernando Olavarría Gabler

Estimado y recordado sobrino. No sabes cuánto he pensado en ti, en este azaroso viaje pleno de contratiempos y vicisitudes proporcionadas por la naturaleza inhóspita de esta región, inhabitada por el ser humano.

Soporto vientos huracanados, con lluvia y granizo que te corta la cara, temperaturas inferiores a cero grado y caminos casi imposible de transitar, aún por las mulas que portan mi equipaje. Pero tu persona, que se destaca por un desarrollado espíritu de aventura -heredado de tu abuelo- estaría feliz con estos inconvenientes geográficos, en cambio yo, por qué no decirlo, me siento casi derrotado. Créeme que en varias ocasiones he estado a punto de dar la orden de regresar, volver grupas con las pocas mulas que me quedan (se han desbarrancado tres de ellas que portaban material científico de gran valor, recopilado en el trayecto). Pero no. Continuaré avanzando hasta cumplir con mi objetivo. Bien sabes lo porfiado que soy. Seguiré adelante y levantaré mi carpa en el mismo desfiladero. Los dos guías que me acompañan han desensillado las mulas y están preparando su propio refugio con la carga que ha sido amontonada hábilmente, formando un círculo. De techo han puesto una lona y la fijaron con cuerdas y clavos de hierro asegurados con gruesos peñascos. Es increíble la fuerza que tienen estos hombres de pequeña estatura, ya que levantan y portan los pesados peñascos como si fueran livianos maderos.

El viento aúlla fuera de mi carpa y hace flamear las paredes de la lona. Quiera Dios que resistan el embate del vendaval.

¿Cómo estarán mis guías? ¿Resistirá su campamento improvisado? Espero que sí. No he escuchado voces alarmadas.

Apagaré mi lámpara y trataré de dormir.

Anoche tuve un extraño sueño. El día nos recibió con una mañana esplendorosa. La nieve recién caída la daba una sensación de pureza al paisaje. Las altas montañas que nos rodean parecen ser las residencias de los dioses. En verdad, inspiran hacia lo sagrado. Un cielo celeste y diáfano nos convida a que continuemos el viaje.

“Es la sonrisa de Aristodella”- me dice el guía, indicando el cielo.

Se me olvidaba contarte lo del sueño que tuve anoche: Yo era un niño y estaba en el escritorio de mi padre. Había sacado las barajas de naipes ingleses de un cajón y comencé a formar un castillo. En el mismo cajón encontré un tubo de pegamento de rápida acción y empecé a pegar las cartas por sus bordes. El castillo de naipes tenía ya varios pisos de altura, se veía hermoso y no se derrumbaba por estar las cartas fijas con el pegamento. Anocheceía, entonces decidí encender unas pequeñas velas de cumpleaños que estaban en otro cajón, y cuidadosamente las introduje en el primer piso, en la sala de los caballeros de mi palacio. Éste se iluminó como

LA DULCE SONRISA DE ARISTODELLA

si fuera un gran farol mágico porque los rayos de luz salían por las rendijas e iluminaban débilmente toda la sala. Estaba tan absorto contemplando esta escena maravillosa, que no me di cuenta o no supe cómo me encontré dentro del castillo. Cuatro velas encendidas iluminaban la inmensa sala de armas, pero no eran pequeñas velas de cumpleaños sino gigantescos velones empotrados en pesados candelabros de hierro de columnas retorcidas. Las paredes estaban tapizadas por las cartas y le daban un aspecto magnífico a todo el ambiente. Atravesé un umbral y llegué a otra sala no tan grande como la anterior, y, frente a mí, estaban sentados los cuatro reyes del naipe y las cuatro reinas. La reina de corazón rojo me saludaba y sonreía dulcemente. ¡Era una sonrisa maravillosa que invadió todo mi cuerpo, mis sentimientos, mi mente y el alma, provocándome una alegría inconmensurable! Era tan intensa que me hizo reír como un niño ¡pero, si era un niño en el sueño!

¿Eres mi mamá?, pregunté.

Y ella respondió: No soy tu mamá, pero me parezco a ella. Mi nombre es Aristodella...

Ahí termina el sueño y me desperté con una gran alegría interior. Salí de la carpa a respirar aire puro y en esos instantes, por rara coincidencia, el guía me indicaba el cielo y mencionaba ese raro nombre. ¡Asombroso!

Continuamos el viaje por el abrupto y accidentado sendero que nos llevó finalmente a un inmenso y verde valle, pero antes

tuvimos que avanzar por estrechos acantilados que casi impedían la llegada del sol. Tan altos eran, y estrechos, que, al alzar la cabeza, solamente divisábamos un rayo serpenteante de luz a cuatrocientos metros de altura sobre nosotros. La carga de las mulas rozaba ambas paredes. Uno de los animales quedó atascado y tuvimos que desarmar la carga para poder seguir.

Como te decía, llegamos a un extenso y verde valle donde pastaba ganado de diferentes especies.

Me llamó la atención unas vacas similares a las holandesas debido a sus cortos cuernos y enormes ubres pero su pelaje era largo y de color rosado. Se veían muy hermosas con el fondo verde claro de los lomajes donde pastaban.

A medida que avanzábamos nos encontramos con los habitantes de este misterioso valle. Era gente pequeña y muy afable. Nos observaban amistosamente y saludaban desde lejos con la mano en alto como si estuvieran dándonos una bienvenida.

Las mujeres llevaban a sus bebés en sus espaldas mediante vistosas mantas o runas de lana de intenso cromatismo y delicados dibujos geométricos. Los niños tenían la cabeza cubierta con gorros también de llamativos colores. Era agradable ver todo esto por lo atractivas que eran sus vestimentas. Me vino a la memoria los atuendos de las mujeres laponas porque el colorido era similar. Cuando caminaba, me tocó presenciar una escena que también vi años atrás en la Catedral del Cuzco cuando asistía a misa. Recuerdo que estaba situado cerca de la columna donde están los restos de



Diego de Almagro.

Al lado mío, había una madre quechua con su típica indumentaria y su bebé en la espalda. De pronto el niño se puso a llorar y la madre hizo un rápido movimiento cambiando la posición de la manta, haciéndola girar y en pocos segundos el niño estaba callado alimentándose de uno de los pechos de mamá. Percibí un vínculo maravilloso entre el contacto físico, tibio y cariñoso de la espalda de la madre y el alimento disponible en cualquier momento cuando el niño lo deseara. Vacuna formidable contra la neurosis y la agresividad. Me tocó observar cómo las mamás portaban a sus niños en la espalda sin desentenderse en sus quehaceres domésticos.

Llegamos a la ciudad. Estaba construida con bloques de piedra caliza. La posición de la mampostería era similar a la de las piezas de un rompecabezas, esto impedía el deslizamiento de los segmentos; deduje entonces que en este misterioso valle no eran desconocidos los terremotos.

En todas partes había gallinas con sus polluelos. Se las veía por calles y veredas. Al parecer eran animales sagrados porque los transeúntes se hacían a un lado o se detenían cediéndoles el paso cuando se encontraban con ellas. Era una escena similar a la de las vacas sagradas en la India.

Llegamos al centro de la ciudad. Era una vasta explanada pavimentada; y allí me encontré ¡con mi castillo de naipes!
¡Soberbio! ¡Grandioso!

Veintiuna plataformas superpuestas construidas con

LA DULCE SONRISA DE ARISTODELLA

formidables bloques de granito me daban la bienvenida. Tan grande fue la emoción, que tuve el irresistible deseo de visitarlo de inmediato. Así se lo manifesté a uno de los guías y éste accedió a acompañarme.

-Debes hacer lo que yo te diga- me advirtió. Y no te asombres por todo lo que veas.

Asentí dócilmente y entramos. Tuve que sacarme las botas y quedamos a pies desnudos. Llegamos a una vasta sala cuyo piso estaba repleto de sandalias. El guía me dijo que dejara mis botas allí. Después entramos a un inmenso palco soleado en cuyo fondo se erguía una grandiosa estatua de mujer. Era la diosa Aristodella. No cabían dudas. De sus ojos plenos de amor y de su boca surgía una sonrisa encantadora que se propagaba a todo el medio ambiente. Al contemplar su rostro sentí una profunda alegría que invadió toda mi alma. ¡En un instante estaba pleno de felicidad!

Observé que la diosa estaba sentada y había una gran fuente delante de ella. Dos chorros de agua opalescente salían de sus pechos y llegaban a la fuente. Varias sacerdotisas acarreaban unos jarrones que contenían leche y los vaciaban en la espalda de la diosa, ese era el motivo de que el agua no tuviera un aspecto cristalino. El agua de la fuente rebalsaba hacia unos canales que la conducían a múltiples piletas semejantes a pequeñas piscinas o tinas de baño. Allí había numerosas mujeres que bañaban a sus niños. Los sumergían en el líquido opalescente, los frotaban con sus manos y los besaban en la cara y en el cuello con gran cariño. Posteriormente

los hacían darse una vuelta de carnero antes de secarlos y vestirlos. El guía me había llevado a una terraza donde observamos esta singular escena desde lo alto. Allí estábamos reunidos todos los hombres. La mayoría eran los padres de los querubines que bañaban allá abajo. Habían asumido una actitud ritual solemne, se inclinaban arrodillados hasta tocar la frente en el suelo con gran devoción pero después se ponían de pie, saltaban y reían con gran alegría y después se daban una vuelta de carnero. Mi guía lo hacía con gran habilidad y yo tuve que hacer lo mismo: Saltar, reír, darme una vuelta de carnero y adorar arrodillado a la diosa, para luego ponerme nuevamente de pie, saltar, reír, etc.

Todo esto me fue produciendo un estado de ánimo especial: Cariño hacia los que me rodeaban y sentimientos filiales de amor hacia esa estatua gigantesca que me sonreía con dulzura, tanto con sus ojos como por su boca.

Los niños se fueron con sus madres y llegaron los ancianos acompañados de sus familiares más jóvenes. Hijas, nietas y sobrinas. Tomaron posesión de las piletas y bañaron a sus viejos, pero no los forzaron a dar la vuelta de carnero sino que ellas lo hacían y gozaban contagiando a los ancianos con sus risas. Toda esta escena irradiaba una armonía perfecta, llena de amor de estas mujeres jóvenes por sus abuelos.

Después del ritual del baño de los ancianos la explanada fue invadida por los feligreses masculinos que saltaban en forma más enérgica y daban varias vueltas de carnero lo que provocaba

grandes risotadas por la confusión y los choques.

Terminó el oficio religioso y nos retiramos muy alegres.

El guía me invitó a cenar a su casa pero antes fuimos al mercado porque tenía que comprar algunos comestibles. Lo acompañé gustoso porque es en ese lugar donde el viajero puede compenetrarse de las costumbres y hábitos alimentarios de la población que está visitando.

Lo que más me llamó la atención fue, que no encontré mesón o puesto de venta donde se vendiera carne. Solamente había quesos, leche, huevos y gran variedad de hortalizas y frutas. En cuanto a estas últimas, había algunas especies desconocidas para mí. Se compró lo encargado y nos dirigimos a la casa del guía. Mientras caminábamos por las calles, vi unas aves que me llamaron la atención. Volaban sobre el techo de las casas y en la plaza de la ciudad. Eran grandes como gallinas pero el cuello, la cabeza y las patas eran semejantes a las de las palomas. La cola era de gallina y su colorido, muy variado, tenía un predominio del rojo y el dorado. Como la cabeza era de paloma, no tenían cresta. Me tocó observar de cerca a varias de ellas en la fuente de la plaza. Bebían el agua sin levantar la cabeza.

Trataban a estas aves con ternura, mas nadie les daba de comer. Esto me hizo pensar que eran silvestres y se alimentaban fuera de la ciudad.

Llegamos a casa. La esposa del guía era una mujer joven y pequeña. Madre de cinco hijos. Todos ellos me recibieron con gran

afabilidad. Nos sentamos en un salón comedor sobre pequeños taburetes, con las espaldas apoyadas en blandos cojines que nos defendían de la dureza de la pared de piedra del aposento. Fui invitado a beber un dulce aperitivo hecho de extrañas hierbas que me quitaron la ansiedad y el cansancio, posteriormente gocé con exquisitos platos cocinados por la dueña de casa y sus dos hijas mayores. Reímos y conversamos a través de la traducción del jefe de familia. Traté de aprender algunas palabras claves. Había una muy parecida a “*pucha kay*”, y cuando yo la pronunciaba tratando de imitar el acento y timbre del idioma de ellos, los hijos reían a más no poder y esto provocaba risa general. Cada vez que yo decía en forma sorpresiva ¡Pucha kay! todos reían a grandes carcajadas, pero yo tampoco pude continuar pronunciando la palabra mágica porque estaba también atacado de la risa y no era capaz de seguir hablando.

Después de la cena los niños se fueron a dormir y me quedé conversando con Tsu-dell; (ese era el nombre de mi guía). Traté de averiguar lo más posible sobre esta maravillosa ciudad a la que había llegado.

El significado del nombre de la diosa provenía en parte del griego ya que aristo significa “lo mejor” o “excelente”, pero el vocablo “della” me era desconocido. Tsu me explicó que en el idioma de ellos, della se traducía por “madre” o “nobleza”. Entonces me vinieron a la mente todos los ritos que había presenciado esa mañana y los relacioné con el amor de las madres hacia sus hijos y viceversa. Comprendí de inmediato la sana alegría que reinaba en el

templo, y también me había contagiado a mí.

¿Acaso estaba en la ciudad perfecta de Platón? No era así, porque en ese concepto platónico no existen los enfermos ni los lisiados y en el templo me tocó divisar a algunos de ellos.

Se me ocurrió preguntarle a Tsu-dell si existía la maldad.

-La maldad existe, respondió Tsu. Cuando brota, la eliminamos.

-¿Cómo?- pregunté.

-En nosotros, cuando los malos pensamientos aparecen en la mente, tratamos de echarlos fuera de ella. Si no podemos y salen por nuestras bocas, reprendemos de inmediato al dueño de esa boca sucia para que, arrepentido, se la enjuague y limpie con el agua sagrada del templo. Y si esas feas palabras persisten hasta dominar sus actos, al desdichado se le hace comparecer ante el consejo de ancianos, que es nuestra máxima autoridad, para que evalúen la pena. Si es grave, como el adulterio, la mentira o el robo, o peor aún, el asesinato, se dicta la pena máxima, que es la eliminación.

-¿Qué método de eliminación emplean?, pregunté algo nervioso.

-Se le lleva a una alta encrucijada donde hay un canal de piedra construido por nuestros antepasados. Este permite que el cuerpo del condenado se deslice a gran velocidad hacia abajo, hacia un abismo que creo que termina en el mar. La caída, vertiginosa, no es demasiado larga y permite que el castigado no pierda la vida, pero al llegar al valle abismal es imposible que pueda regresar a nuestra

ciudad. Queda eliminado de por vida.

-¿Qué hacen con los enfermos?

- Los tratamos con hierbas medicinales. Es un arte que hemos heredado de nuestros antepasados hace miles de años.

-¿Y los muertos?

-Los cremamos. También reducimos a cenizas a nuestros animales domésticos; como no nos alimentamos de su carne la mayoría de ellos se mueren de viejos.

-Y los animales que les hacen daño, como los ratones y las moscas...

-Las moscas no existen aquí, probablemente por razones climáticas o porque nuestros antecesores las eliminaron. En cuanto a las ratas, dejamos que las serpientes, no venenosas, se encarguen de ellas. Estas serpientes las criamos en abundancia y las repartimos diariamente en los campos sembrados. En la noche las recogemos en grandes canastos y dejamos en libertad a las de hábitos nocturnos.

-¿En las casas, tienen serpientes para evitar las ratas?

-No. Tenemos gatos.

-Comprendo que tienen un gran amor por los animales.

-Así es. Vivimos en gran armonía con ellos y nos beneficiamos mutuamente sin necesidad de tener que sacrificarlos. Los que nos hacen daño reciben su merecido por medios naturales sin que nosotros nos comprometamos en eliminarlos.

-Maravilloso- exclamé.

Dando un bostezo me levanté de mi cómodo asiento para



despedirme de mis amables anfitriones pero ellos tenían preparada una habitación para mí.

Esa noche no soñé con castillos de naipes alumbrados con velas de cumpleaños. Soñé con la diosa Aristodella. Su cara era la de mi madre. Sonreía y me daba besos en el cuello, sentía cosquillas y me hacían reír.

Dormí profundamente hasta el día siguiente.

En la mañana, después de beber leche de cabra y saborear unos panecillos con mantequilla de yack y huevos fritos, decidí visitar la ciudad y sus alrededores, para observar de cerca el trajín diario de sus habitantes. Los hombres iban a trabajar a los campos de cultivo, y las mujeres se dedicaban, además de las labores del hogar, a enseñar en las escuelas, a cuidar a los enfermos y ancianos y a mantener el culto de la diosa Aristodella.

Caminé por una zona agrícola donde me pareció ver algunas serpientes en unos campos de arroz y trigo. Era placentero observar estos predios cultivados porque no había basura ni hojas ni ramas secas ni nada que no fuera verdor con diversos matices de colorido y vida, todo esto bajo un cielo azul, diáfano, maravilloso. ¡Qué felices habrían estado Monet y Van Gogh pintando todo esto!

Mi querido sobrino Federico, he llegado a una firme determinación. Estoy cansado de tantas exploraciones y aventuras. Me quedaré aquí para siempre, hasta que Dios me lleve a su Reino.

Si pasas algún día por este asombroso valle, no encontrarás mi tumba. Quizás leerás en el ánfora que guarda las cenizas de tu tío, el

LA DULCE SONRISA DE ARISTODELLA

siguiente epitafio copiado de la tumba de un escritor cretense:
“Nada tengo. Nada debo. Soy libre”

Que El Señor te bendiga, y te duermas noche a noche con la dulce sonrisa de la diosa Aristodella.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegro Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo
- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura
- 102 Carda, Cronos, y Cirilo
- 103 Valentina
- 104 Las vacaciones de un ángel
- 105 Ícara
- 106 Las pintorescas aventuras de Adalgisa, condesa de Bosque Verde
- 107 El viejo del saco
- 108 La coronación de Airolga
- 109 Cinisca
- 110 La dulce sonrisa de Aristodella
- 111 Bluewood
- 112 El misterio de la gruta aspirativa
- 113 El Castillo de los Duendes
- 114 El Jardín de Hada
- 115 El Castillo de los vikingos
- 116 El monstruo del río Abuná
- 117 La Alquimia de tres doncellas
- 118 La Casa vacía
- 119 El Bosque Encantado
- 120 El Desfile Onírico
- 121 El Templ Curativo de Yi Sheng
- 122 El Soldado ruso
- 123 El Taco
- 124 El Vendedor Ambulante



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.